

RESEÑA

Gabriel Cid. *Pensar la revolución. Historia intelectual de la independencia chilena*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2019. US\$33 (ISBN: 9789563144437), 436 pp.

Susana Gazmuri Stein, Pontificia Universidad Católica de Chile

P*ensar la revolución. Historia intelectual de la independencia chilena*, de Gabriel Cid, versión más completa y extendida de su libro *Revolución y república. Pensamiento político en la independencia chilena*, publicado en España el año 2018, se inscribe en dos campos historiográficos que, si no están necesariamente relacionados, han sido de particular rendimiento académico en los últimos años: el de la historia intelectual y el de la historia política. Durante buena parte del siglo XX, la historia política fue un campo particularmente desprestigiado, y quienes se dedicaban a él eran vistos por sus colegas como historiadores retrógrados y conservadores. Este estigma vino de la mano de la primacía del marxismo, el estructuralismo y la escuela de los Anales, entre otras corrientes historiográficas, cuyas explicaciones eran consideradas de mayor valor analítico y científico, en contraste con las que proveía la historia política, acusada de ser ingenuamente positivista, enfocada en lo circunstancial y centrada en exceso en el individuo y la nación. Sus explicaciones fueron criticadas, con razón, por su excesivo narrativismo, su corto alcance científico o explicativo, así como por su carácter tradicional, centrado en el acontecimiento, la nación, el Estado y las personalidades notables. De modo que, por largo tiempo, los lectores académicos de historia profesional preferían obras de historia social, económica o cultural, mientras los legos seguían comprando biografías, relatos de guerra e historias nacionales.

SUSANA GAZMURI STEIN es profesora del Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y de la Universidad de Santiago de Chile. Dirección: Pontificia Universidad Católica de Chile, Av. Vicuña Mackenna 4860, Macul, Santiago, Chile, CP 7810000. Email: mgazmurs@uc.cl.

Por razones que sería largo explicar en estas páginas, vinculadas a la renovación de sus enfoques y preocupaciones, en los últimos treinta años la historia política ha vuelto a ser un terreno digno de ser explorado por los historiadores. Entre las nuevas metodologías que han restituido su capacidad de ampliar nuestra comprensión del pasado, se encuentra precisamente la que trabaja este libro, la de la historia intelectual. En este caso, el autor, Gabriel Cid, se sitúa en el paradigma de la historia conceptual que atiende la historicidad de los lenguajes políticos, es decir, los imaginarios y significados vinculados a los conceptos y discursos de los hombres y mujeres del pasado. Dicho de otra manera, una historia política e intelectual que estudia las ideas y nociones que permiten explicar los fenómenos políticos tomando en serio los contextos históricos en los que son formulados, así como las intenciones y discursos de los individuos, y las asociaciones a las que pertenecen. También, intenta comprender qué querían decir nociones como república, ciudadano, libertad o constitución.

Pensar la revolución, título que hace referencia explícita, aunque no explicitada a la obra clásica de François Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, viene a demostrar el valor hermenéutico y el alcance que puede tener una buena obra de historia política e intelectual. En efecto, y tal como se lo propone el autor, el libro de Cid nos permite entender las condiciones, intenciones, propósitos y vacilaciones de quienes iniciaron el proceso de independencia en Chile, las circunstancias que debieron enfrentar aquellos que defendieron las ventajas del gobierno republicano, y sus debates y tanteos para determinar qué tipo de república era la que más convenía a Chile. Con una pluma ágil, de gran capacidad analítica y narrativa, Cid muestra la importancia y eficacia de la dimensión intelectual de los procesos que estudia, dando vida y sentido a los dilemas, ideas y argumentos de los hombres de letras que no solo pensaron la revolución, sino también la república.

Ordenado en tres partes, con desigual número de capítulos cada una, Cid distingue tres momentos —en un guiño al *Momento maquiavélico* de J.G.A. Pocock— que van desde el comienzo de la revolución de independencia hasta la consagración de la Constitución de 1833: “Hacer la revolución”, “Implementar la revolución” y “Finalizar la revolución”. De esta forma, propone una cronología que tiene tres etapas

centrales que van desde 1808 hasta 1833, destacando las discusiones más relevantes en cada una de ellas.

En la primera parte, “Hacer la revolución”, Cid presenta los lenguajes políticos disponibles hacia el final del período monárquico —escolastismo, constitucionalismo histórico, iusnaturalismo, republicanismo, filosofía ilustrada, entre otros—, y los insumos utilizados para construir los discursos que justificaron la separación de la corona de España, así como para defender el derecho a la autonomía política del Reino de Chile. Cid prueba en detalle y con un buen uso de la evidencia disponible, que quienes plantearon el derecho de Chile a gobernarse a sí mismo recurrieron a una diversidad de tradiciones de pensamiento político, no siempre coherentes entre sí. De este modo, desarrolla lo que la historiografía viene afirmando desde Walter Hanisch en adelante: que las tradiciones filosóficas utilizadas para legitimar la independencia fueron múltiples y que los hombres de letras privilegiaron la utilidad de los argumentos antes que su sistematicidad para justificar la separación de Chile del Imperio Ibérico (Guerra 1993; Hanisch 1970; Jocelyn-Holt 1992). Por otra parte, y en línea con la atención que la historiografía viene prestando a las emociones como causas eficaces de las acciones humanas, el autor también presta valor a las actitudes, temores y esperanzas que suscitaron la prisión del monarca y la reversión de la soberanía al pueblo. Explica, asimismo, cómo y por qué el lenguaje político se fue reconstituyendo y radicalizando en el tránsito de la fidelidad al monarca hacia la independencia, dando cuenta tanto de las mudanzas en el discurso revolucionario como de la respuesta que tuvo entre contrarrevolucionarios y monarquistas. De esta forma, Cid logra mostrar que no se trata de conceptos o ideas estáticas, sino que estas varían y se modifican en el transcurso de los debates y necesidades del momento.

La segunda parte, “Implementar la revolución”, centrada en la década de 1820, da cuenta de los diversos ensayos constitucionales y legislaciones propuestas en el período, los principios y supuestos que los animaban, las diversas posturas ideológicas tras ellos y los conflictos entre quienes las postulaban, así como señala las variaciones ideológicas que implicó la experiencia política adquirida con los éxitos y fracasos de la revolución. De esta suerte, vemos que personajes como Juan Egaña, autor de la primera constitución republicana, o José Miguel Infante, promotor del proyecto de constitución federal, permanecieron

más o menos leales a las ideas que ya sostenían en los primeros años del período, mientras que otros, como Camilo Henríquez, transitaron desde un republicanismo democrático hacia uno más limitado respecto de la participación ciudadana. Esta parte del libro se organiza en torno a las alternativas en lo tocante a la forma de gobierno, y examina las opciones que existieron entre las diversas formas que podía adquirir la república: unitaria o federal, fundada en la ley o la virtud, tolerante o pluralista, entre otras. Conforme al autor, las discusiones de la década se centraron en definir cuáles eran los principios fundamentales de una república, así como también en comprender si se trataba de principios absolutos o si estos debían ser limitados para que la república pudiese funcionar en la práctica; es decir, para perdurar sin sucumbir a los factores de inestabilidad que sus principios constitutivos podían acarrear. En consecuencia, los debates y cartas magnas de esta etapa plantean distintas maneras de entender conceptos como ciudadanía y quiénes podían ser ciudadanos; igualdad, y si acaso esta era legal, cívica o real, esto es, económica y social; y libertad, o si acaso la libertad debía ser absoluta o limitada a la esfera pública (libertad de opinión), o privada (tolerancia religiosa). Cid examina los efectos que tuvo el desafío de poner en práctica los principios revolucionarios, reto polémico y disgregador que conllevó duras pugnas referentes al significado o necesidad de delimitar muchas de las nociones republicanas. El potencial conflictivo de este proceso se mostró con toda su fuerza en la guerra civil de 1829. El análisis político e intelectual que hace Gabriel Cid de la década de 1820 tiene el particular valor de subrayar el lugar central que ocupan estos años para comprender el desarrollo político, social, cultural y económico de Chile. Esa ha sido una década hasta hace poco omitida por una historiografía que se contentaba con pensar estos años como una época de transición o simplemente de aprendizaje político, olvido que este libro, junto a la obra de otros historiadores como Mathew Brown, Armando Cartes, Andrés Baeza o Juan Luis Ossa, viene a enmendar.

La última sección del libro, “Finalizar la revolución”, trata sobre el modo en que los intelectuales asociados a la facción triunfante en la guerra civil de 1829 reformularon los principios del republicanismo y el gobierno representativo, para poner coto a la conflictividad y dificultades de implementar un gobierno republicano. Para ello limitaron la par-

ticipación política de las provincias y de buena parte de la ciudadanía, y fortalecieron la autoridad del Ejecutivo a través de los dispositivos autoritarios consagrados en la Constitución de 1833. La experiencia política adquirida en las décadas anteriores, signadas por la inestabilidad, sumada a nuevos referentes intelectuales, asociados a la consolidación del liberalismo en autores como Benjamin Constant o Jeremy Bentham, impulsó a quienes participaron de la confección del texto constitucional a mantener los preceptos republicanos, limitando los derechos y principios asociados a él: libertad, igualdad, participación ciudadana. De esta forma, aun cuando en los hechos los llamados gobiernos conservadores hayan sido autoritarios, su coacción se amparó en una constitución republicana. Esto permite a Cid entender su conservadurismo como uno de carácter específicamente republicano, tesis que también ha sido desarrollada en el capítulo “Debates republicanos, liberales y conservadores durante el siglo XIX” (Gazmuri 2018) y que matiza la exégesis liberal del conservadurismo chileno de autores como Sol Serrano e Iván Jaksic (Jaksic y Serrano 2011).

Pensar la revolución propone un marco de análisis que permite comprender el proceso revolucionario chileno de un modo no lineal, atendiendo sus ‘dinámicas, rupturas y disyuntivas’. El examen de las mudanzas, definiciones y realineamientos conceptuales que se observa en los conceptos y discursos del período analizado destaca las dimensiones histórica, social y política de la esfera intelectual, así como su potencia práctica y efectiva en el mundo de la acción. Al ordenar el período en torno a la idea de revolución, el libro da sentido a esas décadas en torno a un concepto y proceso unitario, despojándolo, en parte, de las connotaciones de tiempo corto con que se le puede asociar, y dándole alcance explicativo, más allá del hecho mismo de la revolución. Gabriel Cid realiza una lectura convincente que entiende las constituciones de la década de 1820 como el producto de un esfuerzo por construir una república que fuera fiel a los principios que habían legitimado la separación de España, y no como el resultado fallido de la impericia o de tendencias facciosas de la elite chilena. En esta narrativa, la Constitución de 1833 no solo vendría a inaugurar una nueva etapa en la historia de Chile, sino que sería el resultado de los esfuerzos por alcanzar la anhelada y hasta entonces huidiza estabilidad republicana.

Además de las tesis fundamentales del libro, a saber: la pluralidad de lenguajes políticos, el descubrimiento de la conflictividad de la vida pública y la interpretación de la Constitución de 1833 como el esfuerzo por poner fin a la revolución, Gabriel Cid declara que uno de los principales impulsos de esta obra fue la necesidad de actualizar las explicaciones históricas sobre el proceso de independencia. *Pensar la revolución* busca corregir las perspectivas sesgadas de la historiografía liberal decimonónica y los planteamientos conservadores del siglo XX. De esta manera, su autor se suma a los críticos de ambas tradiciones que, desde mediados del siglo XX, indicaron el carácter interesado e instrumental de estos análisis sobre la revolución de independencia. Estos trabajos han demostrado que no se habría tratado de un proceso ineludible, guiado por principios ilustrados, patrióticos y liberales, que llevó inevitablemente a la instauración de la república, como propusieron los liberales. Pero tampoco fue una transformación epidémica empujada por las condiciones del momento, en la que el ideario liberal no fue sino un disfraz que permitió a las elites dirigentes del país conservar su poder y privilegios.

De este modo, el libro de Cid viene a reforzar las conclusiones de quienes ya han demostrado que la revolución no fue un destino, sino en buena parte el resultado de las circunstancias, y que la instauración del gobierno republicano no era inevitable, sino que fue de índole contingente. En este sentido, uno de los grandes méritos de este libro es que señala el peso específico de las discusiones intelectuales y políticas del período, y aclara de qué maneras estas pueden responder y movilizar los fenómenos históricos. Además, es la primera obra de historia conceptual sobre historia de Chile que aspira a dar cuenta de un período completo, y lo hace con destreza. Como sabemos, uno de los efectos más perversos de la métrica académica es el desincentivo a la edición de libros a favor de la publicación de artículos en revistas académicas para público especialista. Por estas razones, la aparición de *Pensar la revolución* es motivo de celebración, pues pone a disposición del público general un trabajo contundente, con una perspectiva actualizada sobre la historia intelectual. Y, lo más importante, nos permite entender mejor el proceso de independencia y los fundamentos de nuestro sistema republicano. Esta comprensión parece indispensable para nuestro actual momento constituyente.

BIBLIOGRAFÍA

- Gazmuri, S. 2018. Debates republicanos, liberales y conservadores durante el siglo XIX (15-21). En Gazmuri, S. y Jaksic, I. (eds.), *Historia de los intelectuales y las ideas políticas*. Vol. 4. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, F.-X. 1993. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Hanisch, W. 1970. *El catecismo político-cristiano: las ideas y la época, 1810*. Santiago: Andrés Bello.
- Jaksic, I. y Serrano, S. 2011. La ruta del liberalismo chileno en el siglo XIX (177-206). En Jaksic, I. y Posada Carbó, E. (eds.), *Liberalismo y poder*. Vol. I: *Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Jocelyn-Holt, A. 1992. *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito*. Madrid: Mapfre. *EP*